

ct

Y mi voz quemadura

de
Alberto de Casso

(fragmento)

Y mi voz ya no es mía
dentro del agua que no moja
dentro del aire de vidrio
dentro del fuego lívido que corta como el grito
Y en el juego angustioso de un espejo frente a otro
cae mi voz
y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi bosque madura
y mi voz quema dura
como el hielo de vidrio
como el grito de hielo
aquí en el caracol de la oreja
el latido de un mar en el que no sé nada
en el que no se nada.

Xavier Villaurrutia

PERSONAJES

Gabriela Gottardi

El almirante Hugo Mortini

El camarero, luego Daniel Velasco

Sandra Gottardi

La Madre

El Padrastro

El Lobo, torturador 1

El Tigre Milano, torturador 2

La acción en un país real demasiado cruel para parecer imaginario.

Acto Primero
La voz silenciada

Escena primera

Nos encontramos en un restaurante casi vacío pasada la medianoche. Posee un cierto lujo algo rancio y anticuado y parece hallarse aislado del mundo. Una pareja de comensales está sentada en una mesa en primer término. La mesa está decorada con flores de trapo y una vela roja a medio consumir. El hombre de unos 56 años viste con una formalidad excesiva, como la de los maniqués primaverales de los grandes almacenes. Tiene el pelo muy negro y tensado hacia atrás por efecto de la gomina. La mujer lleva un traje de gasa pardo que no le sienta del todo bien. Es una joven apocada de veintipocos años de mirada huidiza. El hombre está muy inclinado sobre la mujer. Ella, en cambio, se encuentra hundida en la silla contra el respaldo. Él espía cada uno de sus gestos y las sonrisas inciertas de ella. Ella se mantiene con un aire ausente y sonríe con tímida indefensión ante cada uno de los gestos solícitos de su acompañante sin poder disimular apenas el desamparo de esa larga y solitaria cena de madrugada. Los platos se mantienen intocados sobre la mesa.

HUGO MORTINI

¿No te gusta la carne? *(Pausa.)* Si quieres les digo que te lo pasen un poco más. Ellos pensaban que la carne te gusta como a mí, muy roja. Casi cruda. Se nos ha debido quedar fría. Con tanta conversación. Además.. es que ... en fin, me cuesta comer teniéndote en frente. ¿Sabes por qué me cuesta comer teniéndote delante?

(Ella hace un gesto borroso.)

¿Te interesa saberlo?

(Ella pone una mueca incierta.)

¿No me queda muy claro si lo quieres saber o no?

(Ella amaga con un asentimiento muy leve)

¿Eso quiere decir que sí?

(Ella se encoge de hombros y ensaya una medio sonrisa tímida)

¿Otra vez quieres hacerte la interesante, verdad?

(Ella baja la cabeza y juguetea con la guarnición del plato.)

A este restaurante venía mucho con mi esposa antes de su enfermedad. Recuerdo la última vez que cené con ella. Cuando le trajeron aquella ensalada de palmito que tanto le gustaba. Ella lo apartó de la mesa, en silencio, como si el plato pesara un tonelada... con una sonrisa llena de una tristeza infinita. No puedo, dijo, no puedo comer. Siento como si tuviera cosido el estómago con grapas y no me podría entrar ni una miga de pan. Y no exageraba en absoluto. Había perdido el apetito. Del todo. No probó bocado en toda la noche salvo un triste buchito de vino blanco que le abrasó por dentro. Ni volvió a probar bocado en los tres días que le quedaban hasta su muerte. El cáncer le había devorado por dentro. El cáncer se lo había comido a ella.

(Silencio turbio. Él se seca el lagrimal enrojecido. Ella le mira apretando la boca y estrujando la servilleta sobre el mantel.)

Bueno.. perdona... perdona. No sé por qué... no sé por qué... pero tu sonrisa triste de ahora me recordó a ese gesto de mi mujer. Te prometí que no te volvería a hablar de mi mujer y ahora te someto al suplicio de contarte esta historia. Gabriela, perdóname, Gabriela, ¿serás capaz de perdonarme por esto?

(Ella asiente con una mirada desvalida)

Pero tú si tienes apetito, ¿verdad?, ¿tú si tienes hambre y energía y ganas de vivir? ¿Sabes lo que... lo que me más me gustó de ti... desde el primer momento que empezamos a... a tratarnos en la Comandancia? Dime, ¿lo quieres saber? *(Pausa. Él aproxima su mano hacia la de ella sin atreverse a rozarla. Ella le ofrece una sonrisa quebrada.)* Lo que más me gustó de ti... fue ese aire tan... delicado y tan frágil. Que la timidez era el aire que respirabas. Y que pedías permiso casi por existir. Que hasta para preguntar la hora, si es de día o si es de noche, sufrías un calvario de dudas, como si te aterrara enfrentarte a los demás y al tiempo, a tu propio tiempo. Esa timidez... al principio, lo atribuía, no sé... a altanería o soberbia de artista, pero al final me he dado cuenta de que es una marca de nobleza. En el trabajo... ¿sabes...?, no está bien, que uno hable de lo que le gusta de los demás, de la gente que trata. Uno debe mostrarse siempre... es decir, sacar la coraza más fría y más inhumana. Mostrarse impasible y limitarse a lo que cuenta.

(Pausa. Ella juega con la vela. Él atisba por si alguien escucha. Habla como si lo tuviera preparado. Ella se muerde la cadenita.)

Cada rasgo de tu cara, tus ojeras profundas, tus orejitas finas, la forma distraída de retirarte el pelo, todo me era completamente familiar. Cada uno de tus gestos los conocía, los había vivido antes, tu forma de sonreír, de encogerte de hombros, el miedo que te consumía por dentro, o mejor dicho, tus miedos, tus muchos miedos, cada uno de tus miedos terribles, y esa timidez que te hace tan ... tan... no sé... tan profunda y tan transparente, tan familiar y tan inaccesible al mismo tiempo.

(Se queda callado, como si sintiera que sus palabras demasiado ensayadas rebotan en el vacío. Suena el móvil de él. Le hace un gesto de disculpa y sale a la calle para hablar tras un saludo hermético a su interlocutor telefónico. Ella se queda sola. Juega con la vela. Aparece el camarero. Se acerca con actitud inquisitiva. Ha podido rondar antes en torno a la pareja y mirar con interés disimulado a la muchacha y ella le ha podido lanzar una mirada acuciante.)

CAMARERO

Disculpe. ¿Quiere que le pase la carne algo más o se la caliente?

(Ella deniega. Le mira muy angustiada. Él pone su mano en el hombro. Ella baja la cabeza. Luego se la retira muy tensa. Él le aprieta la mano y al momento se la suelta.)

¿Cómo estás, Gabriela? Estaba deseando acercarme. En realidad, no podía imaginarte otra vez en un sitio como este. Siento que al final no saliera adelante la gira de El Tío Vania. Estabas increíble en ese papel. Al final tenías razón. Esa obra se parece demasiado a nuestra triste vida. Bueno, veo, que te codeas con gente importante. Nunca hubiera imaginado que tú precisamente te trataras con su excelencia el almirante Hugo Mortini. Bueno, ¿No me dices nada o es que te extraña verme aquí de nuevo?

(Mirando hacia afuera alerta.)

En fin, veo que ya se acerca tu enamorado. No, tranquila, era uno de sus gorilas. Solo te pido que no le comentes que nosotros... que nosotros... en fin... no le comentes nada de que nos conocemos, o mejor dicho, de que nos conocíamos. ¿Por qué no dices nada, Gabriela? Y ahora encima me miras de una forma rara. No quiero pensar que puedas estar con ellos, que te hayan captado. Si es así, espero que tengas consideración con tus viejos amigos. En realidad, yo ahora no estoy en nada. En

serio, no me mires así, como si me interrogaras. No estoy en nada. ¿Te enteras? En nada. Tengo, bueno, tengo una nueva pareja y está de siete meses. O sea, que ahora, solo vivo para mi... para mi nueva familia. Y, bueno, con el teatro no se podía vivir. Solo un pequeño consejo. No sé la relación que mantienes con el almirante, pero solo te cuento una cosa de él. Es un tipo con el aliento más negro y más sucio que una hiena. Hasta los perros se apartan cuando pasa por la calle. Cuidate de él. Estás avisada.

(Ella le mira y le extiende la mano. Él la coge y la aprieta unos instantes. Gabriela muerde su medallita. En ese momento entra el almirante Hugo Mortini.)

HUGO MORTINI

Bueno bueno bueno.... estaba y se murió. Perdona, Gabri, pero me llamaban de Comandancia por un asunto intempestivo, pero parece que las cosas ya han vuelto a su cauce. Si no te importa coge el plato de la señorita y lo haces un poco más. Por lo visto no le gusta la carne roja, sino muy hecha. Y la próxima vez, tómate unas cuantas precauciones antes de acercarte a ella a aburrirle con tu cháchara de vieja. No sea que te contagie con sus ideas tan raras. Y tú también nos salgas rana, ¿entendido, camarada camarero?

Escena tercera

El restaurante vacío a la media noche. El hombre viste con su immaculado uniforme blanco de almirante lleno de galones y Gabriela lleva el mismo traje de la primera escena. El hombre mira impaciente alrededor ante la ausencia del camarero. La mujer sostiene la carta con laxitud. Suena el rumor cortado de las aspas de un helicóptero sobre el estuario.

HUGO MORTINI

¿Te apetece un oportito para empezar, pitusa?

(La mujer apenas asiente. Él con ligero tono impaciente en la voz.)

¿Sí o no?

(La mujer asiente vagamente)

¿Te ha comido la lengua el gato?

(La mujer se lleva la mano a la garganta.)

¿Sigues acatarrada, Gabriela?

(La mujer mueve la mano.)

Se te va a pudrir la lengua. De usarla tan poco. Te dije que debes taparte por la noche, pero te encanta dormir toda destapada. Estamos en Invierno. ¿Por qué no haces caso cuando la gente te da consejos y te pide cosas sensatas? No sé... ¿qué es ese ruido? ¿No te parece haber oído un ruido extraño?

(Ella señala con la cabeza hacia arriba.)

No, no me refiero a los helicópteros. ¿Algo así como un chirrido? Espera... ¿no lo oyes? Será que tengo el oído taponado. Llevo toda la tarde viajando en el helicóptero sobre el estuario... y el idiota del piloto pega unos brincos terribles. Como siga así le voy a mandar a casita a que siga criando puercos. Y, encima, cuando... bueno, mejor esto te lo cuento luego. Aquí no aparece nadie y dicen que las paredes oyen. ¿Entonces pedimos oportito para los dos?

(La mujer se encoge de hombros.)

Entonces te pido un oporto.

(La mujer deniega con una mueca de burla.)

¿No me has dicho que querías un oporto? Vamos... Gabri, deja ya este juegucito. Cada vez que te llevo a cenar te encierras en un muro de mutismo. Eres la mujer más callada de la tierra. Hay días que creo que no te oigo decir ni una palabra. Dime, ¿quieres oporto?

(Ella le susurra señalando la carta y le hace un gesto imitando una fuente.)

HUGO MORTINI

¿Prefieres agua? Si siempre que venimos aquí te gusta beber vino. ¿Hoy es diferente? Yo ya me harté de ver agua en el estuario. La verdad. Bueno, pediré una botella de cava, por si luego te animas. No podemos brindar con agua. Y hoy además celebramos nuestro primer aniversario.

(Ella pone un gesto de no entender)

Sí, Gabri, vamos, no te hagas la loca. Hoy hace tres meses que estamos juntos. Tres meses. ¿No se te había pasado por la cabeza que hoy hacía tres meses desde que formalizamos nuestras relaciones? Y, mira... bueno.... así que para celebrarlo te he traído esto.

(Saca una cajita envuelta en un papel granate. La mujer coge la cajita como si le quemara en las manos y vacila antes de abrirlo.)

¿A qué esperas, Gabri?

(Trata de desenvolver el papel, pero no puede. Él le ayuda. Le da la cajita. Ella trata de abrirla pero se lastima una uña. Él se la coge y la abre con facilidad y luego se la pasa. Ella se queda mirándola impasible sin atreverse a levantar la cabeza como si mirara un extraño insecto.)

Vamos, venga, pruébatelo...

(Ella coge la sortija con un brillante y la mira extrañada sin saber qué hacer.)

Vamos, pónitela. Ya sé que a una actriz hippiosa como tú le cuesta hacerse a la idea de estos regalos de burguesotes rancios como yo, pero bueno, tendrás que acostumbrarte a estas cosas. Ahora que has decidido reformarte. Lo que no entiendo, mi amor, es por qué sigues viniendo con ese traje tan vaporoso, y además en pleno invierno, con la de trajes elegantes que te he regalado en este tiempo. Mira, pruébatelo en este dedo.

(Él le pone el anillo. Ella se coge el dedo lastimada como si le doliera mucho.)

¿Qué ocurre? ¿Por qué gimoteas? ¿Es que te duele ponerte el anillo?

(Ella le mira con inquietud súbita.)

¿Por qué me miras así, Gabriela? ¿Qué te he hecho para que me mires así? Creo sinceramente que no lo merezco. Te traigo una sortija de enorme valor y solo se te ocurre mirarme con esa mirada de perra rabiosa en la cara. ¿Qué cojones te pasa ahora para ponerte así? ¿Para mirarme con esa mirada tan cargada de veneno hacia mí? ¿Qué te he hecho? ¿Qué te he hecho si he conseguido que en los últimos tres meses hayas ascendido como la espuma en el Centro? He conseguido que tengas una absoluta estabilidad y tranquilidad de cara a tu futuro y al de tu familia.

(Pausa. Se oye el fragor roto de los helicópteros triturando el aire. Gabriela levanta la cabeza mareada.)

El otro día, cuando estuve con tu familia todos se alegraron. En fin, me he ganado la confianza y el apoyo de tu familia... y tú en estas últimas semanas sigues ahí... agazapada bajo tu silencio rencoroso, cuando ya parecía que te estabas comportando normalmente y salías de tus nubes negras.

(Gabriela le susurra una pregunta inaudible mientras se coge dolorida la garganta y la mandíbula. Aparece el camarero por detrás de ellos. Luego se retira al ver que no le prestan atención.)

¿Qué? Un poco más alto no te oigo... ¿Por tu ..? ¿Qué como se lo tomó Sandra? Bueno, Sandra...

Sandra es una niña malcriada. Y, ahora, que me lo comentas... no sé... No estuvo demasiado expresiva. La noté un cierto, una cierta reticencia hacia mí. Más que por lo que soy yo, por lo que represento. Creo que a tus padres les falta carácter para tenerla sujeta. Te lo digo por su propio bien. Te empeñas en que la dejemos sola y desvalida ante el mundo. ¿Y si por lo que sea ya está infiltrada en una célula? Ahora estamos a tiempo de enderezarla, Gabriela, pero luego ya puede ser demasiado tarde. Otra vez tu carita de angustia. No llores, pitusa. No me gusta verte llorar. Se me encoge el corazón. Toma, límpiame con este pañuelo. Es de seda, pero no importa. Te he prometido que no tienes nada que temer por tu familia. Al fin y al cabo también es mi familia. En parte, también es mi familia.

(Gabriela solloza entre susurros. El nombre de Sandra se deforma angustiosamente en su boca.)

Tranquila si te lo digo.. es por su propio bien. Ella estará más segura. Nadie le va a hacer daño. No, no, nadie la está siguiendo. Tranquila. Pero, me deberías permitir... me deberías permitir por su propia seguridad una pequeña intervención. Una pequeña intervención. Solo eso. Bueno, luego lo hablamos... mejor.

(El camarero ha estado rondando de un lado a otro.)

Otra vez ese maldito camarero rondando como una cucaracha. Bueno, ¿qué te sucede, cariño, por qué no te puedes poner la sortija de compromiso?

GABRIELA

(En susurros inaudibles. Apretando la boca. Señala que le duele)

HUGO MORTINI

¿Qué te duele si se puede saber?

GABRIELA

(En susurros inaudibles mostrando mimosa el dedo.)

HUGO MORTINI

¿Y por qué te duele el dedo? Eres muy joven para tener artritis.

(Gabriela le coge la mano. Sonríe agradecida.)

¿Entonces?

(Pausa. Ella evita mirarle.)

¿Entonces?

(Pausa. Ella le mira muy temerosa.)

¿Entonces qué, Gabriela? ¿Entonces qué? ¿Qué sé? Dime, ¿qué se? Y si te duele ese dedo, ¿no puedes ponértelo en otro dedo?

GABRIELA

(En susurros.) Me duelen todos los dedos.

HUGO MORTINI

Vaya, ahora, te duelen todos los dedos. ¿Y por qué te duelen todos los dedos?

GABRIELA

(En susurros inaudibles.) Sabes muy bien por qué me duelen los dedos. No deberías preguntármelo.

HUGO MORTINI

Pues ahora, mira por donde, no me acuerdo por qué motivo te duelen los cinco dedos de la mano. No recuerdo que me lo hayas contado y si me lo has contado, igual, hasta se me ha podido olvidar. Tengo muchos asuntos en la cabeza.

GABRIELA

(En susurros inaudibles.) No te lo he contado, pero tampoco hacía falta que te lo contara.

HUGO MORTINI

Entonces ¿cómo demonios quieres que sepa cuál es la causa de la dolencia terrible de tus dedos?

(Gabriela mira al camarero que se acerca con la carta y susurra muy bajo.)

¿Por que qué? Como te cuesta decir las cosas. Me voy a quedar sordo con tu maldita afonía.

GABRIELA

(En susurros.) Porque estabas delante. Cuando pasó todo.

(El camarero se planta frente a la mesa.)

HUGO MORTINI

Se ve que esta noche te haces de rogar.

CAMARERO

Buenas noches, almirante. ¿Puedo tomar nota ya?

(Suena el teléfono móvil del almirante Mortini y sale del restaurante mirando con hosco fastidio a Gabriela. El camarero dispone los aperitivos. Gabriela le mira con ojos implorantes sosteniéndose el dedo lastimado mientras trata de quitarse la sortija.)

CAMARERO

Veo que la vieja hiena ha estado generoso. Y que lo de ustedes va en serio. Así que la felicito por su recién estrenado compromiso, señorita Gabriela Gottardi. Se ve que para algunas la vida da demasiadas vueltas. Sí, demasiadas. En fin, después de esto solo le pido o mejor dicho, debo rogarle, señorita Gabriela o ¿debo llamarla ya señora Mortini?, que bajo ningún concepto cuente nada de nuestra relación a su futuro esposo. El otro día pasaron por mi casa como un vendaval sus nuevos amigos y la pusieron patas arriba y mi mujer y mi hermana quedaron aterrorizadas. A mi hermana de 16 años, Lucía, la amiga inseparable de Sandra, le dieron una patada en el estómago y la hicieron vomitar sangre. Y lo peor no fue eso. Al bebe lo cogieron por las piernecitas como si fuera un saco de patatas y le amartillaron una pistola en la cabeza sin que les conmoviera lo más mínimo su llanto y sus gritos. Nos dijeron que la próxima vez nos llevarían a todos. Desde entonces no podemos dormir por la noche ni un minuto tranquilos. Cada vez que se oye la puerta de abajo o escuchamos el crujido del ascensor se nos para la respiración. Así que si no lo ha contado ya, como espero que haya hecho, por nuestra vieja y malparada amistad... haz el favor de no decir nada, para no empeorar las cosas. Por favor... por favor, Gabriela.

(Se oyen las aspas de los helicópteros más cerca.)

Ya están los malditos pajarracos esos por aquí. Me imagino que ya habrán vaciado su carga de balde. Algunas tardes vienen algunos oficiales de marina y se suben a la terraza del restaurante a

beber cerveza y a disfrutar del espectáculo. Algún día puede estar cualquiera de nosotros, subido en uno de esos helicópteros, esperando a que nos den un empujoncito. Perdona si el comentario no ha resultado agradable. Es que ahora no me viene ninguna anécdota simpática a la cabeza.

(Le pone la mano en el hombro. Gabriela se la retira.)

Gabriela, por favor, y por los buenos tiempos y por todo lo que significaste para mí... Nunca cuentas nada de lo nuestro. No es bueno que nos relacionen al uno con el otro.

(Pausa. El camarero le coge la mano y ella se le aprieta. La silueta de Hugo Mortini se vislumbra en la penumbra de la calle.)

¿Y ahora ha decidido ya que va a tomar la señorita o prefiere esperar a su excelencia?

(Entra el almirante. Viene con una actitud de vigilancia disimulada. Se sienta en la mesa.)

Perdona, Pitusa. ¿Ya has decidido lo que quieres comer? Bueno, pues yo lo de siempre. Pero antes... camarada... quiero... que te relajes un poquito y me cuentes unas batallitas de vieja.

CAMARERO

No sé a qué se refiere, señor.

HUGO MORTINI

Vamos al grano. Ayer por la tarde mis hombres te siguieron. Y entraste a las cinco en la librería Piscis y no saliste hasta las ocho. ¿Puedo preguntarte que se te perdió allí?

CAMARERO

Fui a comprar un libro.

HUGO MORTINI

¿Tres horas de reloj para comprar un libro?

CAMARERO

Bueno, es que me encontré a una amiga.

HUGO MORTINI

Mis hombres dijeron que saliste sin ningún libro.

CAMARERO

Es que no lo encontré.

HUGO MORTINI

¿Entonces lo encargarías?

CAMARERO

Bueno... creo que está agotado.

HUGO MORTINI

¿Y de qué libro se trataba? Yo conozco una buena librería. A lo mejor podría ayudarte.

CAMARERO

De un libro de poesía. De una antología de poesía japonesa.

HUGO MORTINI

De una antología de poesía japonesa. Qué inofensivo y convincente suena eso.

CAMARERO

De eso se trataba, señor.

HUGO MORTINI

¿Así que compartimos gustos y afinidades? A mí también me gusta la poesía, aunque nunca se me ocurriría leer poesía japonesa. Seguro que es como la comida, el sushi ese repulsivo... pequeñito, verdoso e insulso con sabor a algas podridas. Deben saber como los peces grandes del estuario. ¿Alguna vez has probado algunos de esos peces? Los hay que pesan 80 kilos y quizá también les guste la poesía japonesa. ¿Sabes por dónde voy..? Porque te veo con cara de perdido....

CAMARERO

¿Puedo tomar nota ya?

HUGO MORTINI

Todavía no. ¿Sabes que mis hombres entraron en la librería Piscis esta tarde? ¿Y sabes lo que encontraron dentro de una enciclopedia sobre el medio ambiente? Varias pistolas y granadas. ¿Tenías noticia de ese arsenal?

CAMARERO

No, señor, yo... yo... yo soy una persona de paz...

HUGO MORTINI

¿Sabes que esa palabra me da grima y más en boca de una cucaracha subversiva? Gabriela, ¿No tienes nada que preguntarle? Así te sirve de ensayo, mi amor.

CAMARERO

Gabriela, por favor, convéncele de que yo... no tengo nada que ver...con esa gente. Yo solo fui a por un libro...

HUGO MORTINI

En primer lugar, la señorita está comprometida y se merece un trato más respetuoso por tu parte.

CAMARERO

Gabri, ¡¡por favor..!! ¡¡Haz algo... haz algo... por mí..!! Por nuestra vieja amistad... ¡¡Haz algo por mí..!! Piensa en tu hermana Sandra... en mi hermana Lucía, en mi mujer y en mi nene. ¡¡No tiene ni dos meses cumplidos!!

HUGO MORTINI

Muy bien. Lo que me temía y sospechaba. Así que por eso esas miraditas de angustia cada vez que veníamos aquí. Aquí teníamos a uno de tus viejos camaradas, a una de tus cucarachitas sin pelos y con las antenas bien puestas. Velasco, tu novio Daniel Velasco y actor de tu grupo. Lo tenía que haber imaginado. Pero con ese bigote y ese pelo está muy cambiado. Hasta parecía un derechista. Siento decirte que la señorita Gabriela no se codea ya con gente de tu calaña. Ella se ha recuperado del todo. Su vida ha dado un giro de 180 grados. Y es una de nuestras más voluntariosas e

inteligentes colaboradoras. Sus miradas de angustia y sus temblores de mandíbula delatan a todos sus compinches a diez millas a la redonda. No movería por ti ni por los tuyos ni este dedito que por lo visto tiene tan dolorido y lastimado.

(Le aprieta el dedo con la sortija. Ella reprime un grito de dolor.)

Ella ha aprendido la lección en carne propia. Gabri, haz el favor, mete la mano en el florero, creo que tu amiguito nos tiene preparada una curiosa sorpresa. *(Gabriela mete la mano y saca una minigrabadora.)* Muy bien, mira pero qué bien nos viene el regalito de la cucarachita de tu amigo. Ha caído en su propia tela de araña.

(La rebobina y se escucha un fragmento de la conversación que mantuvo el camarero con Gabriela.)

Así nos ahorramos gastar más cinta en la Comandancia. Pues estamos ya escasos. Y ahora, Velasco, lo de siempre. El bifé de lomo poco hecho. Que se vea y se huela y se palpe la sangre. Pero antes nos traes un cava para brindar. Brindaremos por tu suerte. Y procura no colarte por ninguna rendija. Mis hombres rodean cada palmo de este restaurante. Son muchos ojos los que te sienten respirar. Y para cuando vengas, tu antigua camarada y novia te tiene preparada una pequeña sorpresa. Te vas a quedar extrañado de lo cambiada que la vas a encontrar.

El camarero sale temblando. El almirante saca su pistola y se la pone a Gabriela en la mano. Luego cubre su mano con la suya. Le mira intensamente. Gabriela lee pavorosa la orden homicida del almirante y deniega lentamente con la cabeza deformando la boca en un sollozo de súplica. Mientras le ruega entre sollozos quebrados e inaudibles que no le obligue a matar a su antiguo novio se hace el oscuro. Las aspas de los helicópteros rozan los tejados de la ciudad triturando el aire.